

LAS OPORTUNIDADES DE EUROPA

Jean Mane Benoist*

En este ensayo, Jean Marie Benoist, indaga en el futuro de Europa, tema de indudable actualidad, teniendo en consideración la cercanía del año 1992. Sostiene Benoist, que es el momento para que Europa pueda retomar su impulso y preservar su independencia y libertad, características amenazadas por los imperios soviético y asiático, éste de tipo tecnológico, liderado por Japón. Para hacer frente al primero, el autor aboga por un reforzamiento de la Alianza Atlántida, mientras que para enfrentar al pretendido modelo de desarrollo japonés los europeos deben mostrarse conquistadores, señalando que los valores judeo-cristianos sobre los cuales descansa su ética pueden sustituirse con fortuna por el modelo asiático. En este breve artículo, este destacado intelectual francés, deja entrever su escepticismo respecto de la apertura soviética y manifiesta su certeza de que el porvenir de Europa se sitúa en la apertura de los mercados, en el libre intercambio y en la responsabilidad institucional.

Con una población de más de trescientos millones de habitantes, un PNB comparable al de los Estados Unidos, un ingreso por habitante superior al de nuestros amigos del otro lado del Atlántico, y una calidad de vida única en el mundo, Europa es hoy un gigante económico. Pero, como todos saben y afirman, tanto Europa como el resto del mundo no han sabido aún asegurarse

*Profesor Extraordinario de Filosofía; fue Agregado Cultural de Francia en Londres, antes de ser nominado en el *College de France*. Es autor de más de diez libros, entre los que destacan *Marx est Mort* (Col. Idées, Gallimard, 1970); *La Révolution Structurale* (Col. Figures, Grasset, 1975); *Les Nouveaux Primaires* (Libres-Hallier-Albin Michel, 1978); y *Les Outils de la Liberté* (Paris: Robert Laffont, 1985), traducción *Los instrumentos de la Libertad* (Buenos Aires: Editorial Atlántida, 1987). Fundador del Centro Europeo de Relaciones Internacionales y Estratégicas.

una existencia política e institucional que les dé una voz coherente e identificable en el concierto internacional.

¿Por qué? Porque precisamente Europa habla a varias voces, sobre todo en materia de defensa y también en las grandes instancias del comercio internacional. No hay una estrategia europea definida, no existe —pese al extraordinario impulso del derecho comunitario, que va a la par, por desgracia, con una inflación burocrática y reglamentaria de la Comisión— una concertación europea suficiente para que Europa sea percibida como un conjunto por los americanos, los asiáticos y los africanos.

Europa es un enano político o, incluso, un simple embrión, el negativo fotográfico del sueño de Jean Monnet, que se retardaría indefinidamente en la cámara oscura de la buena voluntad repetitiva, mientras otra Europa proliferaría como un cáncer o una pesadilla: la Europa de la burocracia abstracta y de la tecnocracia gris, a la vez fastidiosa e impotente, empeñada en paralizar las fuerzas vivas de la sociedad civil.

En los albores del vencimiento y cambio de 1992-1993, que es más una fecha artificial que un comienzo brusco real, conviene preguntarse hacia dónde se dirige Europa y si no es el momento de que ella realice un cierto número de virajes institucionales, económicos y también estratégicos, a fin de consolidar sus oportunidades en la competencia internacional que se revela ya muy dura, porque no tendrá lugar sólo entre naciones, sino entre bloques.

De este modo, comprobaremos que las soluciones ofrecidas a Europa sobrevendrán bajo la forma de paradojas, y que lo que produce sus insuficiencias, véanse sus debilidades actuales, le otorgan probablemente nuevas oportunidades de ganar sus apuestas. En particular, su riqueza y diversidad cultural que dan cuenta de esa permanente resistencia a la unificación, vista bajo un ángulo distinto de aquel del eurojacobinismo, es una ocasión para reafirmar un tipo de sociedad, una forma de fecunda polifonía, una diversidad y una memoria que ofrecen a Europa, desde ya, nuevas cartas para ganar la batalla de la época posmoderna; la diversidad de culturas y tradiciones de diversas urbes de Italia, polifonía armónica que no desvanece la coherencia del conjunto, la reafirmación por la señora Thatcher, en la estela europea de las patrias del general De Gaulle, del carácter incontorneable de las culturas y tradiciones nacionales, todos esos modelos y factores puestos en conjunto, pese a que parecen proveer de tantos obstáculos a la unificación, son probablemente iguales oportunidades de anticipar sobre las exigencias de la sociedad del tercer milenio que será, sin duda, una de las sociedades menos centralizadas, más abiertas, hecha del entrecruzamiento de todas las organizaciones y de todas las comunidades descritas por Hayek en *Derecho, Legislación y Libertad*, y que son las mismas obligaciones de persistencia de la sociedad civil y de la riqueza de los intercambios frente a la tentación estatista omnipresente. En

otros términos, puede que, incluso después de 1992, en el momento en que se abrirán de sobra las fronteras internas de este gran mercado único, Europa descubra que es en su resistencia a la unificación estatista donde residirá su fuerza económica, cultural y espiritual, y aun su capacidad de inventar con imaginación nuevas instituciones políticas inéditas. Conviene posiblemente, y de hecho, abandonar la economía del Estado jacobino, centralizador y estatista, a fin de agilizar Europa y de entregarle las oportunidades de multiplicar y de enriquecer la carta de sus intercambios internos, pero también aquella de sus intercambios con el mundo exterior.

No nos dejemos llevar sin embargo por las facilidades del optimismo. Por el error de instituciones políticas y del "teatro" reconocible, Europa es mal percibida como una entidad con la cual el mundo exterior pudiese dialogar. *Who's in charge here?*, puede legítimamente preguntar el inversionista tejano o coreano, o el abogado brasileño. Y sería una lástima, quizás trágica, que la única respuesta aproximadamente coherente proviniera de esos sedimentos social-demócratas, de esos *laisés pour compte* de los años 30 y 60 cuya visión social-estatista y redistribuidora sirviera de contraseña arcaica a una Europa que gira en balde en su tecnocracia bruselense, mientras la sociedad civil de los europeos, rica y fecunda a modo de las grandes ferias medievales que se mofaban de las fronteras nacionales —la causa: no había entonces naciones...—, se entrega a la demanda de sus prósperos intercambios sin inquietarse por los imperios.

Pues los imperios están cada vez más presentes, e insisten en las puertas de Europa cada uno en su estilo, y persiguen frente a nuestro destino un proyecto específico. El imperio soviético, en primer lugar, más que destruir nuestro potencial económico busca explotar su fruto para compensar el jaque total en el que se encuentra el sistema económico marxista-leninista. El plan perseguido por Gorbachov no es solamente atraer los capitales y la tecnología de Europa occidental, sino separar esta última de los EE.UU. para hacer de ella una zona de control, una "reserva", un hilván sobre la fachada atlántica, una buhardilla sometida. Los hombres de negocio y los banqueros, al igual que los industriales de Europa occidental, ya están cediendo y, parafraseando la palabra de Lenin, no se contentan con vender la cuerda que la URSS les pondrá al cuello: entregan los medios financieros y económicos gracias a los cuales será fabricada la cadena que les servirá de collar.

El segundo bloque que se constituye en imperio, ciertamente no en el sentido político-militar del término, pero sí en el de una tecnología conquistadora duplicada de un proteccionismo impenetrable, es aquel que desde Asia controla Japón. Éxito de despegue y de expansión económica y financiera, este conjunto del Pacífico pesa en demasía hoy en día sobre nuestras economías, y más aún sobre la geopolítica de los Estados Unidos de Norteamérica. Atrayen-

do a los EE.UU. hacia su órbita por medio de la fascinación ejercida sobre los Estados de la costa Oeste y sobre el *Middle West* a través de la ribera del Pacífico, los nuevos dragones asiáticos contribuyen a desamarrar los Estados Unidos de Europa y a reforzar el aislamiento de Europa del Oeste, lo que es de antemano deseado por el imperio soviético. Frente a esas dos formas de imperio, tan diferentes la una de la otra, Europa sólo podrá retomar su impulso y preservar su independencia y libertad al precio de un cierto número de condiciones:

- El refuerzo de la Alianza Atlántica y, sobre todo, de la mentalidad y de la cultura atlántica de los habitantes de América del Norte, Canadá y los EE.UU. Un sentimiento aislacionista se hizo presente en los Estados Unidos, abarcando tanto la derecha como la izquierda. Para combatirlo, los europeos deben saber abrir al interior de los EE.UU. un "mercado de las ideas y del conocimiento", que los haga necesarios por la honestidad de sus relaciones económicas, la especificidad cualitativa de sus civilizaciones y la lealtad de sus comportamientos estratégicos: repartición de la defensa común; estrechamiento de lazos por una demostración, que debe hacerse ininterrumpidamente, pues si Europa Occidental cayera bajo la órbita soviética, Estados Unidos constituiría la etapa siguiente.
- El refuerzo de medidas estrictas obligando los traspasos de tecnología. La adhesión de los europeos al COCOM debe hacerse perentoriamente, y corresponde a instancias europeas transnacionales recordarlo. Es en una concertación entre las democracias americanas y europeas, donde ese esfuerzo será decisivo; aquello es una de las tareas más urgentes, en un momento en que la URSS está próxima a hacer *shopping* de las tecnologías occidentales sensibles, gracias a la penetración de su Eureka en particular.

Frente al pretendido modelo de desarrollo japonés, los europeos, a través de un marketing relativo y a una alianza entre la cultura y el comercio, deben mostrarse conquistadores: la economía no es *valuefree*, y es importante luchar en los dominios de la economía que conciernen la defensa contra los traspasos indiscretos de tecnología; pero la economía tampoco es *culturefree*, y los modelos de desarrollo son llevados por unos sedimentos culturales muy importantes. A nosotros corresponde reconquistar nuestro conquistador, y mostrar que los valores judeo-cristianos sobre los cuales descansa nuestra ética pueden —comunicándose con la ingeniería comercial y la gestión industrial— substituirse con fortuna por el pretendido modelo "asiático", que es sólo una forma arcaica de taylorismo superlativo que reposa sobre una cultura feudal

ricamente traspuesta. A nosotros corresponde ofrecer, gracias a un pensamiento del Renacimiento, el modelo cualitativo europeo de respeto y realización de la persona, y de volverlo contagioso a esas sociedades que han ahorrado demasiado, invertido en exceso y consumido insuficientemente. Aquello supone la mantención de la apertura de las fronteras y una lucha generalizada contra el proteccionismo y contra la constitución de fortificaciones.

Aquí no es la solución centralista de Europa, sino la puesta en común de las riquezas surgidas de nuestra descentralización natural o innata, la que aportará la base de esta "uni-diversidad" que constituye el modelo original de Europa. Despegarse del pragmatismo cotidiano, pero sin lanzarse en construcciones supranacionales abstractas. Ricos culturalmente en polifonías y humanismo, capaces de proclamar apoyándose en su alianza estratégica, democrática y ética con los EE.UU., una nueva ética de la ingeniería comercial, de la producción y del consumo, una nueva frontera del mercado y de la ciudadanía: los europeos deben ir mucho más lejos del *beyond containment*. Deben retomar la iniciativa y mostrarse inventivos y conquistadores.

Inventivos en frente de las instituciones necesarias para la puesta en común de los recursos, a sabiendas de que todo traspaso de competencia hacia mecanismos comunes no es necesariamente una abdicación de soberanía. Pero también creativos en la explotación de su diversidad como fuente de una exigencia cualitativa que ellos deben dedicarse a tornar un imperativo universal, al igual que la Declaración de los Derechos y el respeto de la persona humana, de la cual son, frente a la historia, los inventores, junto a esa otra rama de Europa, los EE.UU.

No es en el miedo, en el repliegue friolento y tosco sobre un mercado opulento e hidrocefalia), sino en la apertura, en el libre intercambio y la responsabilidad institucional donde se sitúa, en los inicios del siglo XXI, el porvenir de nuestro continente, ese cuadrilátero contingente por donde un día pasó la gracia. □